

LA GRAN VÍA

(Pedazos del viejo Madrid
que desaparecen.)

PRIMER TROZO

II



LA calle de San Miguel, que ha desaparecido en su totalidad, tomó su nombre, como ya hemos dicho anteriormente, de la imagen de San Miguel que se veneraba en el humilladero de San Hermenegildo, y la cual imagen del Arcángel recibía una gran fiesta anual en su día, como celebración de las vendimias. Residuo pagano en que los cristianos celebraban, como los gentiles, el culto de la tierra. Esa imagen de San Miguel conservábase aún en la capilla que con su nombre hizo en la iglesia de los Carmelitas, y cuyo patronato hubo de tomar el noble y piadoso caballero de esta corte, D. Felipe Verdes Montenegro.

No tenía la calle de San Miguel otro recuerdo histórico notable que el de haber vivido en ella aquel famoso Marqués de Grimaldi, que compartía con el de Squilache el afecto de Carlos III. Cuando el Domingo de Ramos de aquel año de 1766 estalló el motín de las capas y los sombreros, el pueblo, que acudió á buscar á Squilache en su casa, que ya hemos dicho que era la de las Siete Chimeneas, como no le hallara en ella, pues el Ministro estaba refugiado en el Palacio Real, acudió á la vivienda de Grimaldi, la cual allanó, destrozando cuanto pudo. Ella fué la que más sufrió materialmente en aquel disturbio, y no pudieron libraria de ello tan fácilmente como luego resolvieron el conflicto popular las distintas potencias, aunadas, del clero, la nobleza y el pueblo, representadas por el obispo D. Diego de Rojas y Contreras, el P. Yecla, los Duques de Arcos y de Medinaceli y Bernardo el Calesero, embajador y dictador en aquella histórica fecha, en la que la suerte de un Ministro y la tranquilidad de la Real familia dependió de la mayor ó menor longitud de las capas y del mayor ó menor tamaño del ala de los sombreros.

Hemos de dar una somera cuenta de la calle de San Jorge antes de pasar á las otras de mayor importancia urbana y tradicional. Esa breve calle que iba desde la calle del Caballero de Gracia á la de las Infantas, aparece con el nombre del Santo en los planos de Texeira y Espinosa, y recibió la denominación por una pintura que representando á San Jorge había en una casa que perteneció á la Orden militar de Montesa. Últimamente varió su rótulo por el de calle de Víctor Hugo, como homenaje al gran poeta francés, que vivió en la inmediata de la Reina, y á la cual hubiera parecido significativa irreverencia quitarla el nombre. En esta calle de San Jorge murió el Marqués de la Vega de Armijo.

Vamos ahora con la calle del Caballero de Gracia, á la que pasaremos no sin recordar que la plazuela que formaba entre su desembocadura con la de San Miguel, tuvo nombre particular antiguamente, denominándose, como la de San Andrés, plazuela de la Paja, porque la mayor parte de los arrieros que la traían á Madrid, venían á parar al vecino parador de Barcelona, curioso caso de antiguo mesón, subsistiendo hasta estos tiempos en ese sitio de Madrid.

Era Jacobo de Grattis, á quien dióse por los españoles el nombre de Caballero de Gracia, un hidalgo de Módena, que vivía ostentosamente en Madrid durante el reinado de Felipe II. La tradición nos le presenta como un galanteador digno de emular las aventuras de Mañara. Y también, como el caballero sevillano, vencido, al fin, por la piedad. Cuéntase que una hermosa dama aragonesa, D.^a Leonor Garcés, honesta y recatada señora, prendió sin saberlo al eterno seductor. Y he aquí que esta dama virtuosa fué la que puso fin á la nefanda carrera de disolución que el caballero llevaba. Intentó en vano obtener respuesta á sus pretensiones, y viéndose rechazado por la dama, compró la fidelidad de una doncella de D.^a Leonor, consintiendo la fámula en hacer que su dueña tomara un narcótico en sus bebidas. Y cuando el malvado galán creía encontrar el premio á sus liviandades y penetraba en casa de D.^a Leonor, oyó, al poner los pies en el umbral, los ecos de la reprobación divina. Cayó á tierra el caballero, y, al caer, quebróse la ampolla cristalina que guardaba el líquido infame. Cuando Grattis pudo levantarse, huyó despavorido de aquella casa, que luego, en memoria de este suceso, llamóse del *espanto*. Corrió en busca del beato Simón de Rojas, que era su confesor, refiriéndole el caso, y como á poco tiempo el Rey de España le confiase una importante misión en Roma, hubo de servirse de su estancia en la Ciudad Eterna para pedir al Sumo Pontífice la absolución de sus muchos pecados, recibiendo la investidura de sacerdote y regresando después á España, donde invirtió su rico patrimonio en obras pias.

Esta calle del Caballero de Gracia, tan llena hoy de la vida y el tráfico moderno, era y ha sido hasta el siglo XVIII una calle casi solitaria, tan sólo ocupada por viviendas de gente prócer, ó bordeada á trozos por enhiestas tapias monacales, cotos poéticos de serenos y apacibles vergeles religiosos. Allí la casa en que vivía Leonardo Donato, embajador de Venecia; allí la de M. de Forgeubaus, embajador de Francia. Y esa misma del *espanto* á que antes nos hemos referido, donde habitaron, durante su permanencia en Madrid, San Francisco Caracciolo y el venerable

Agustín Fierco de Adorno, sobrino de Santa Catalina de Génova, y en la cual casa establecióse luego la Congregación de clérigos Menores, fundada por el propio Caballero de Gracia, Congregación que pronto cambió de domicilio, yendo á instalarse al que cedió para ese fin la Marquesa del Valle, en la Carrera de San Jerónimo. Y lo que había sido convento de los clérigos Menores pasó á ser monasterio de religiosas, pues el día 5 de Enero de 1603 tomaron posesión de él las monjas Concepcionistas Descalzas Recoletas, que abandonaron el de la Concepción Francisca, instalándose en su nueva morada bajo el priorato de sor María de San Pablo. De esta Comunidad habremos de hablar cuando nos refiramos á la calle del Clavel.

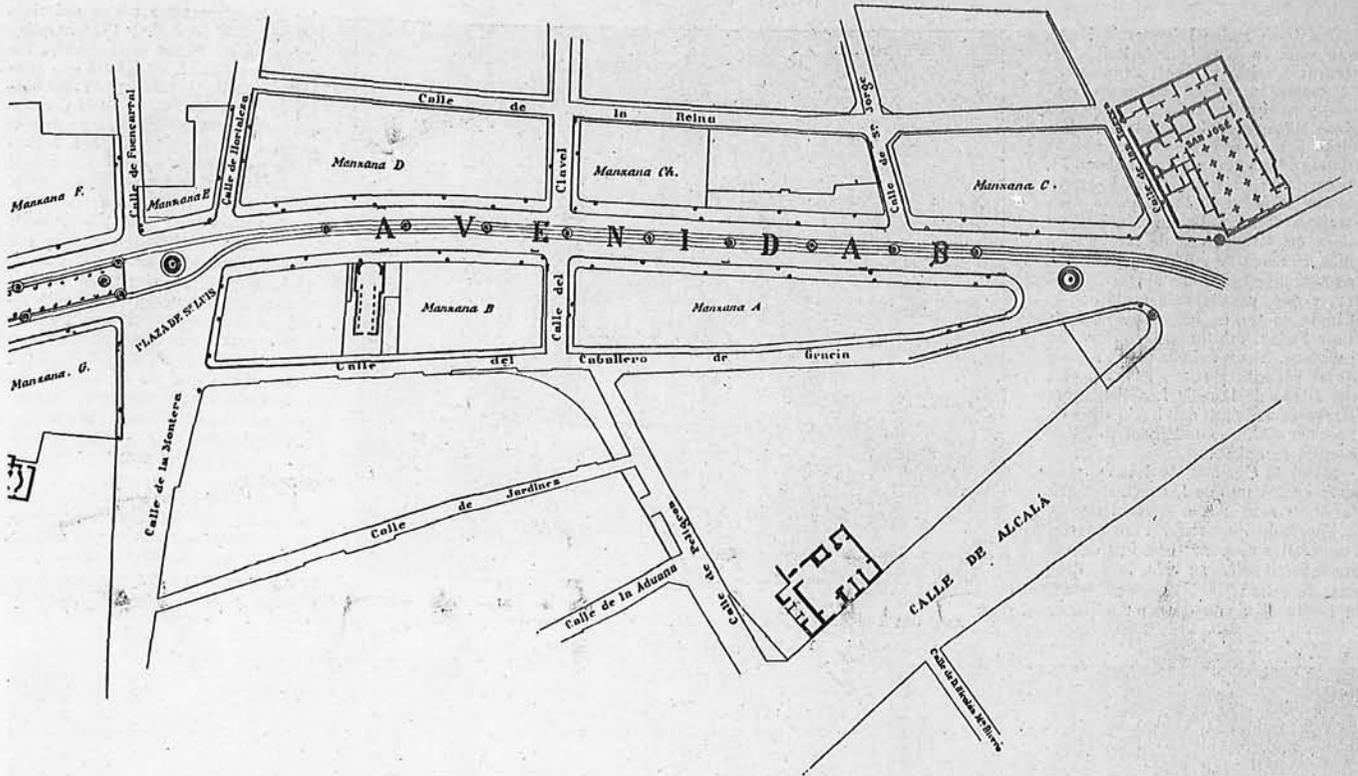
El Caballero de Gracia, que había nacido en Módena á 24 de Febrero de 1517, murió en Madrid el 12 de Mayo de 1619, habiendo, por lo tanto, cumplido la respetable edad de ciento dos años. Y su cuerpo conservábase en el Oratorio de ese nombre, que sobrevive al resto de la calle y resultará incólume del trazado de la Gran Vía. Y ya que del Oratorio hablamos, hemos de hacer referencia al memorable suceso que hubo de acontecer en la casa que se hallaba en su lugar el domingo de Pascua día 5 de Mayo de 1650. Vivía entonces en aquella mansión una hermosa dama, que se llamaba D.^a Elvira de Paredes, y hubo de aposentar en ella á un magnate extranjero. Aquel primite, que llegaba á aumentar la serie de diplomáticos extranjeros que hubieron de elegir su morada por aquellas vecindades, era precisamente el enviado de la revolución inglesa, el Embajador de Cromwell. Antonio Ascham se llamaba. Era una de las principales figuras del Parlamento, y su voto había decidido la muerte del Rey en el cadalso.

Y en la noche de esa Pascua primaveral y dulce cinco hombres apostáronse en la puerta de la casa,



DERRIBO DEL COLEGIO DE LA PRESENTACIÓN, VULGO DE LAS «NIÑAS DE LEGANÉS»,
EN LA ANTIGUA CALLE DE LA REINA

Foto de Muñoz de Baena.



TRAZADO DE LA PRIMERA SECCIÓN DE LA GRAN VÍA

donde alojábase el Embajador. Aquellos hombres eran ingleses venidos para vengar en Ascham la muerte del Stuardo. Uno se llamaba Gilen, otro Horsal, otro Perchor, otro Separt, otro Armes. Y la noche aquella cinco puñales blandiéronse en el zaguan de la casa de D.ª Elvira, y allí cayó muerto á manos de aquellos hombres el Embajador que Cromwell había enviado al Rey Católico de las Españas. Ciertamente, que al pasar por la calle del Caballero de Gracia y delante de su iglesia, no sabrán muchos que, hace doscientos sesenta años, tuvo lugar en aquel sitio tan tenebroso drama. Drama de tal valor histórico al poner en Madrid el epilogo de aquel otro de Londres, con la venganza de los jacobitas, que corrieron tierras y vinieron á reinos extraños para castigar la muerte del rey Carlos I en la persona del republicano Embajador que la había decidido con su voto.

El nombre de la calle del Clavel va íntimamente unido á la historia del convento del Caballero de Gracia. Sabemos ya cómo las Recoletas Franciscas habían tomado posesión del beaterio. Vivían las monjas en un devoto y piadoso olvido, más cerca del cielo y los negocios del alma que de la intriga cortesana, á que acudían á menudo otras Congregaciones para su medro y poderío. Y hubo de acontecer que cierta tarde, como pasasen cerca del monasterio las católicas majestades del tercero de los Filipos y su esposa D.ª Margarita de Austria, púsoseles en mientes visitarle para muestra de su piedad.

Era el convento pobre, y la huerta mezquina. No cabía la granjeza de los Monarcas en recinto tan breve. Menos podía haber el acompañamiento de que se vieron al poco tiempo rodeados, apenas se supo en las vecindades de la santa casa que había en ella tal visita de calidad. Allí, el propio Caballero de Gracia, arastrando penosamente la larga cadena de sus años; allí, D. Bernardino de Almansa, arzobispo de Santa Fe, y recientemente electo Primado de Indias, como arzobispo de Santo Domingo; allí también D. Francisco de Solórzano, alcalde de Casa y Corte; y ostentoso entre todos, el Duque de Lerma, soberbio en su postura, que contrastaba con el continente del Monarca, modesto y piadoso.

Manifestó el Rey su deseo de adquirir las dos

casas contiguas, para agrandar el convento, y preguntando cuyas eran, halló que pertenecían, respectivamente, al Arzobispo y al Alcalde allí presentes. Pidió el Caballero de Gracia para sí el honor de regalar á las monjas aquel aumento de su recinto, y el Duque de Lerma, al ver cómo de pronto se inclinaba la Real afición hacia aquella Comunidad, aseguró que él solo daría un nuevo y cumplido aposentamiento, y que si antes no se había puesto en ello, había sido por retener sus cuidados la fundación de los conventos de San Antonio del Prado y de Santa Catalina, contiguos ambos al palacio que él habitaba. Y entonces quiso la Reina que cesara aquel pugilato de místicos fervores que tan súbitamente enardecía á sus cortesanos. É inclinándose á una espléndida mata de claveles, que era gala y ornato del huerto monacal, cogió los cuatro más bellos y fragantes, y dió uno al Duque y otro al Caballero, otro al Alcalde y otro al Arzobispo, con lo que púsose fin á la contienda de su celo religioso, y quedó cada cual obligado, por su clavel, á contribuir al engrandecimiento y ornato de la humilde casa de las Concepcionistas.

He ahí el origen del nombre de la calle del Clavel, y no cesa en el seráfico episodio el prestigio legendario de ella. Puede esa vía contar con una fortuna insigne: la de haber dado cuna al alto y preclaro ingenio de don Agustín Moreto y Cabaña, regocijo de las musas, por su donaire, y vivo personaje, él mismo, de un continuo poema de aventuras de amor y de dolor. Bien añoraría él su Prado viejo de San Hierónimo, cuando en el Pradillo de los Ahorcados, allá en la ciudad de Toledo, inquietábase la sombra trágica de Baltasar Eliso de Medinilla.

En el *Registro de aposento*, que comenzó en 1625, hácese mención de siete casas de la acera izquierda de la calle de San Miguel, desde su entrada por la de Hortaleza, las cuales poseía Agustín Moreto, padre del poeta. La que hacía esquina á las calles del Clavel y San Miguel fué la que vió nacer al glorioso autor de *El desdén con el desdén*.

Cuando, al comenzar el siglo XIX, pasa sobre tierras de España una bocanada de epopeya, la calle del Clavel tiene un encanto galante. En ella,



ANTIGUA IGLESIA Y CASA PARROCQUIAL DE SAN JOSÉ, EN LA CALLE DE ALCALÁ, ESQUINA Á LA DEL MARQUÉS DE VALDEIGESÍAS, ANTES DE COMENZAR LAS OBRAS

Foto de Azenjo.

cerca de su amiga la generala Hugo, que vivía en la calle de la Reina, habitó la mariscala Junot, Duquesa de Abrantes, antes embajadora de Francia, y en aquella sazón de los días de José Bonaparte, Gobernadora de Madrid. Era un palacete que se hallaba donde últimamente la casa número 11, y servía de vivienda á las más espirituales beldades de la Corte de Malmaison. Allí moraba también la Condesa de Jaruco, una de las bellezas más célebres de su época, y con ella su hija, heredera de su singular belleza, y que, casada más tarde con el Conde de Merlí, fué, en los días de Luis Felipe, árbitra de las elegancias parisinas. Acaso fué ella gentil adorno de las Tullerías y musa de los poetas del Diván de la calle Lepelletier, la Marquesa andaluza que había visto en Barcelona Alfredo de Musset, antes de escribir su bolero.

Murió la Condesa de Jaruco, y su cadáver fué uno de los primeros que se inhumaron en el cementerio de la Puerta de Fuencarral. Pero aquella mujer había de poner una flor de romanticismo sobre su vida, hasta después de su muerte. Y aconteció que á la noche siguiente de ser enterrada,



ANTIGUA CASA LLAMADA DEL «ATAÚD», ENTRE LA CALLE DE ALCALÁ Y LA DEL CABALLERO DE GRACIA

los más interesantes restos del viejo Madrid. El Colegio de la Presentación, vulgo de las Niñas de Leganés, fué fundado en 1630. Su iglesia no encerraba nada de particular; y lo más digno de ser citado es que este Colegio tuvo entre sus primeros patronos al general Spínola, Marqués de Los Balbases y de Leganés, á quien el pincel de Velázquez ha inmortalizado en el cuadro de *Las lanzas*. En este Colegio buscaron refugio la Marquesa de Squilache y sus hijas en aquellas horas tumultuosas del motín de las capas y los sombreros, al que ya hemos hecho referencia anteriormente. El Marqués se hallaba guarecido en Palacio, y su esposa y sus hijas, al saber que las turbas se dirigían á su morada (ya hemos dicho que era la casa de las Siete Chimeneas), corrieron á recogerse en el citado Colegio, donde esas niñas se educaban, y donde suponían hallar, como encontraron, oculto y seguro asilo.

El viejo casón de anchos balcones, grande zaguán y fachada llena de grietas y desconchaduras y que últimamente no era más que la casa número 8, fué en otro tiempo palacio principesco, y siguió luego pintoresca y

su casa una imagen de Jesús crucificado, con lo que tranquilizaron á la vecindad en lo que respectaba á sus creencias y prácticas religiosas. Pero aquella imagen del Redentor no era objeto de natural veneración. Y descubrióse que muchos judíos y judaizantes congregábanse en aquella casa para ultrajar al Crucifijo, arrastrándole, azotándole, escupiéndole y haciéndole objeto de burlas sangrientas y crueles ceremonias. Averiguados los hechos, fueron procesados por la Inquisición los culpables, y quemados públicamente el domingo 4 de Junio de 1632, en un solemne Auto de fe celebrado en la plaza Mayor, bajo la presidencia de los reyes D. Felipe IV y D.ª Isabel de Borbón. El mismo Monarca, queriendo hacer un desagravio á la ultrajada imagen del Redentor, fundó el convento de Capuchinos, que se alzó sobre las casas de los judíos, arrasadas, según la condena impuesta por el Santo Oficio. Y el día 13 de Diciembre de 1639 dióse por vez primera culto en esa iglesia á aquella divina efigie, que se llamó de la Paciencia en recuerdo de la que tuvo para sufrir las ofensas de los judíos de Madrid, como en su vida mortal las de los judíos de Sión.

No tenía la calle de la Reina otras cosas notables más que el Colegio de las Niñas de Leganés y el viejo caserón señalado con el número 8, que era uno de



ANTIGUA CALLE DE LA REINA



ANTIGUA CALLE DE SAN MIGUEL

sacar sus deudos el cadáver de la fosa, y llevándolo al jardín del palacete de la calle del Clavel, diéronle allí sepultura bajo de un olmo frondoso y secular.

La calle de la Reina, de la que ha desaparecido toda la hilera de casas de la acera de los números pares, ostentó tan bello nombre de tradición, debido á una pia rememoración de cuando la Soberana de las Españas veía en aquel lugar, desde un solio á tal efecto destinado, la procesión del Cristo de la Paciencia, que, hasta la formación de la actual plaza de Bilbao, venerábase en el convento de Capuchinos, que se alzaba sobre el solar de la plazuela dicha. Y no dejaremos pasar estas líneas sin decir algo de ese Cristo, cuyo escarnio motivó uno de los más famosos procesos del Santo Oficio.

Habitaban en cierta casa de la calle de las Infantas, propiedad del licenciado Barquero, hombre muy estimado y de muy buena reputación, unos judíos portugueses que habían sido expulsados de su Reino, y al establecerse en la corte de España, habían cuidado de llevar á

varia su vida decadente. Ese fué el palacio Maserano, y tomaba su nombre del Príncipe de ese título, que fué su primer habitante. Era este prócer coronel de la Guardia de Corps del señor rey D. Carlos IV. Cúpole, por tanto, ser jefe de aquel D. Manuel Godoy, que también llegó á ser Príncipe y á mandar en todos.

Llegaron los tristes días de la invasión francesa. Y José Bonaparte hubo de nombrar Gobernador de Guadalajara al general Abel Hugo, quien además había recibido del nuevo Monarca el título de Marqués de Cogolludo. Con el General habían venido su mujer y sus hijos, los cuales habían recibido digno alojamiento en el palacio Maserano. El interés de esta memoria aumenta enormemente cuando recordamos que uno de esos niños, que entonces tenía seis años, se llamaba Víctor, y fué el gran poeta francés, verdadero renovador de la literatura, aunque nos cabe el orgullo de poder decir que el germen del romanticismo de cuya escuela fué fundador, llevólo de esta España, donde había apren-



CASA DE LA SRA. DUQUESA DE SEVILLANO, ENTRE LAS ANTIGUAS CALLES DE CABALLERO DE GRACIA Y DE SAN MIGUEL

Fotografías de Asenjo.



PERSPECTIVA DEL PRIMER TROZO DE LA FUTURA GRAN VÍA, SEGÚN PROYECTO DEL ARQUITECTO SR. LOPEZ SALLABERRY